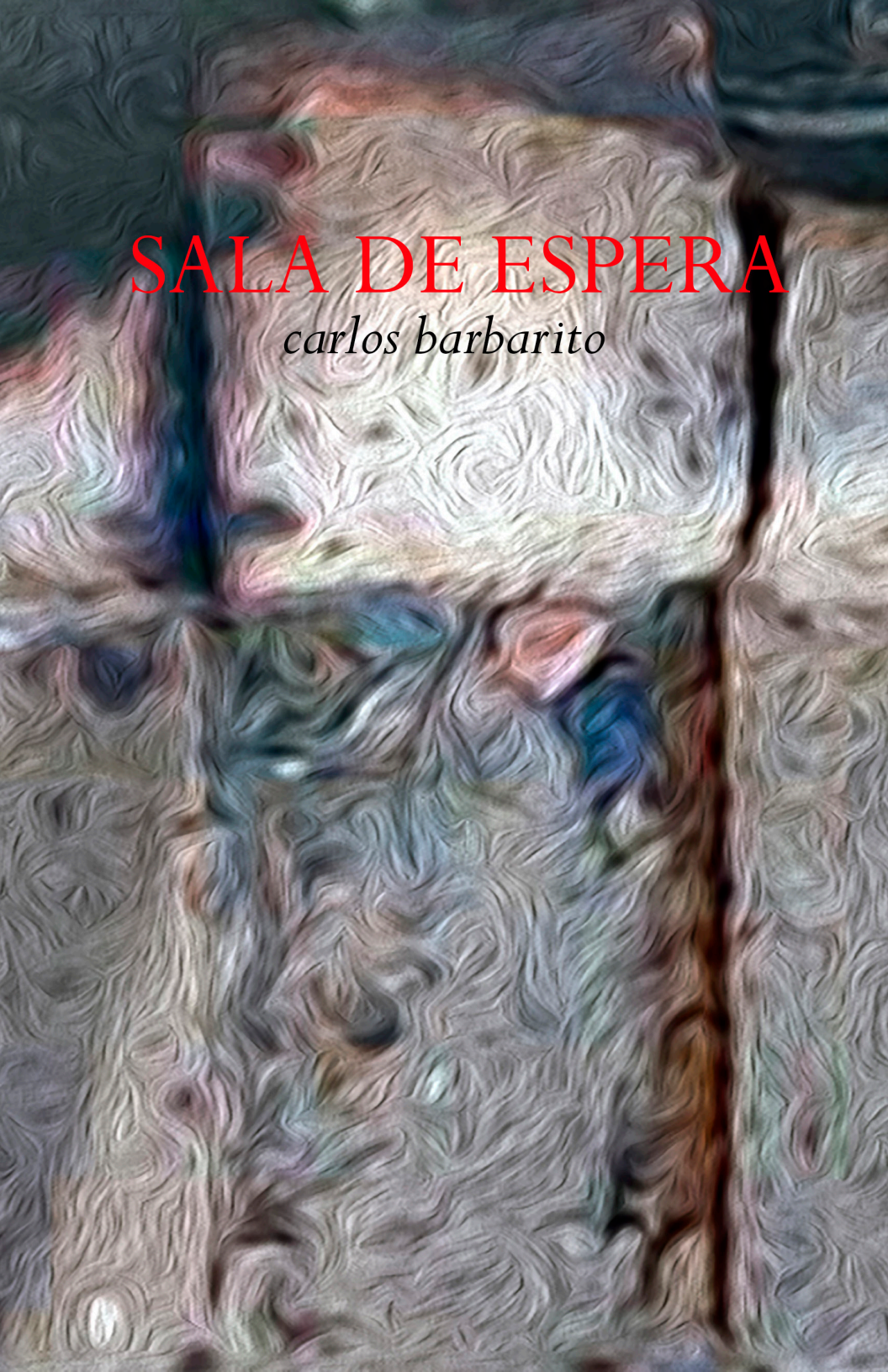

SALA DE ESPERA
carlos barbarito



SALA DE ESPERA



Colección Libros
Imposibles



SALA DE ESPERA

Carlos Barbarito

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
-2026-

Barbarito, Carlos. (1955)
Sala de espera / Carlos Barbarito --1ª ed.--
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2026.
62p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 80>
<Digital>
1. Poesía argentina . 2. Literatura argentina.

I. Título.

Primera edición, 2026

Colección Libros Imposibles #80
© *Sala de espera*
© Carlos Barbarito
Diseño editorial:
Melvyn Aguilar
Portada y serie fotográfica:
Floriano Martins
Foto del Autor:
Cecilia Barbarito
Coordinación editorial:
Juana M. Ramos
Revisão:
ARC Edições

SALA DE ESPERA

Carlos Barbarito

¿De qué está hecha...?

¿De qué está hecha la muerte?
¿De una larga espera por un tren que no llega?
¿De un secreto mal guardado?
¿De una sombra que no se apiada?
¿De una palabra desnuda de nervio, de plural?
¿De una sed que no encuentra calma, dominio?
¿De una risa lejana que pronto se vuelve llanto?

¿De qué está hecha la vida?

Una única luz...

Una única luz en la oscuridad;
se hace tarde y nadie acude.
Lo que clama e invoca
es sombra de lo que alguna vez fue carne
y eco de lo que fue mar y es ceniza.
A qué dios o bestia encomendarse
mientras el silencio crece
y relámpago tras relámpago
cae la infancia como cae la lluvia
y ciencia y milagro ceden
hasta ser meras oquedades
en un suelo reseco, infértil.
Dicen yo y se desata una peste.
Dicen peste y el libro de cierra
al no hallar lector.
Dicen mañana y el fruto se pudre
a un costado del camino.
Dicen y es mínimo temblor
de hojas y ramas secas,
dispersadas por un viento
pertinaz, inclemente

¿Hay remedio para esta dolencia...?

¿Hay remedio para esta dolencia?
Del mal zurcido al vacío en la piedra.
Del óxido en la campana a la falla en cada instante.
Lluvia sobre los que al andar lloran.
Pero lluvia constante, sin eje ni epifanía.
Debe haber -dicen- una cifra, un nudo,
algo capaz de sostener, de sanar sin gravamen;
dónde la promesa, el giro, el amor sin tabúes,
a salvo por fin lo que se antepone al ocaso
y establece su dominio de luz, su sinfonía.

La mano que sostenía...

La mano que sostenía ahora deja caer
por cansancio tal vez, tal vez por temor
o un ritual que sólo él conoce
para conjurar el avance de las cenizas
hacia el dominio del verbo y los peces;
acto de niño bajo el ancho cielo del cometa,
en una tierra sin sol y expuesta al fuego
y al saqueo, en una tierra sin lluvia
en la que no se cuece el pan
y sólo se cuece, de a poco, el hueso;
quizás maniobra contra el olvido,
máscara que ningún rostro oculta,
polvo que huye, infértil,
como huye la bestia castrada
entre mundos sin sustancia ni pentagrama;
cae al suelo su breve corazón de bronce:
nada en lo árido florece.

Recibe exiguo salario...

Recibe exiguo salario;
hay una tierra que no es suya,
es de los cascos de los caballos
que golpean el pavimento,
las nubes que no traen lluvia alguna;
oscurecen el aire, la trama,
la arena desmoronada, la orilla;
desgarro recibe, sombras recibe,
deriva, amonestación, surco abandonado recibe;
qué instancia queda, qué cordero
ante qué puñal, qué pozo o cima;
el atroz dominio de lo que se evapora
sin haber sido siquiera charco, espejo.



Digo pronto pero sé...

Digo pronto pero sé que no lo será.
Deberán pasar horas talladas en roca,
días y noches desprendidos de una luna inerte,
años confusos y tareas mecánicas.
Antes habrá una llama
curvada bajo el peso,
un suelo gastado por mil pies indiferentes,
un aire sólido sin atajos ni pasadizos;
deberá suceder una herida universal
antes de mi cadera ganada por el más vivo insomnio,
de tu vientre que hasta lo más oculto
y perdido recobra. ¿Pronto?
(todavía el cielo no es unánime,
la tierra duda ante el enigma del abismo,
lejos aún se queman los restos del Diluvio,
aún se imponen el destierro,
la vanidad, el desprecio.).

No estar a la hora precisa...

No estar a la hora precisa
y arribar cuando el vacío arrecia
y es mano extendida que recoge nada
en un estrecho corredor sin objeto;
no poder ser un oído
para que oída surja del fondo una música,
no poder ser al menos un ojo
para ver fosforecer
lo que parece aletargado, neutro;
detrás de la puerta el reverso,
el lado oscuro, la noche ciega y sin llave;
lo que respira da siempre la misma cara,
lo que no respira proviene
de un falso arte de figuras
con los pies recién lavados;
falla la tijera al cortar el hilo,
el fondo de la taza se llena de ceniza;
qué orden o tesitura, en caja o en gaveta,
capaz de irradiar luz más allá de una mera sílaba,
de un despojo.

Qué nos dice adiós...

What good does it do?
Mark Strand

Qué nos dice adiós y qué nos espera
cuando no es el viento lo que agita las ventanas.
Qué fantasma nos abriga cuando es medianoche
y no hay espejo capaz de reflejarnos;
entonces vibra aquello que no asiste a la vida
y es la vida restos de un banquete
que nunca aconteció. No debiera ser
nuestro lugar este en el que nos alojamos,
pero lo es; fractura expuesta
en la nerviosa respiración del cordero,
vasto dominio del carbón más allá de la orilla
y bandadas ocultas por las nubes
que gritan ¡futuro! y se pierden en la tormenta.
No es nuestra la vía liberada
como no lo es el pasaje hacia el firme mediodía;
un ligero pero visible temblor
en las manos nos delata: para qué,
entonces, la palabra fijada en el filo del papel,
la escena en dúo o en trío,
la sala vacía, la renovada puesta del fracaso.

Sangra de una herida antigua...

Sangra de una herida antigua,
invisible, que le ocasiona dolor
de mediodía a medianoche;
le trae dolor mientras anda
bajo un cielo opaco, sin soles;
lejana truena la eterna tormenta,
eterno ovillo de delgados relámpagos
que se desenreda para iluminar
en sucesivos episodios
cada casa, de horizonte a horizonte;
remoto el mar, las olas,
las horas que no conducen a puerto alguno,
a amantes que se abrazan sin fatiga;
sangra mientras se hace tarde,
todo se oxida y envilece,
se ahueca y es arrastrado a un asilo
sin niñez ni significado.

¿Qué sobrevivirá al paso de las horas...?

A Jorge Sharry, en memoria

¿Qué sobrevivirá al paso de las horas,
a la sucesión de las horas?
¿Una piedra que el viento no haya desgastado,
que el agua no haya disminuido
en grosor, en tamaño?
¿Una desbandada de cenizas
más allá de las casas en derrumbe?
¿Un escombro de sol,
caído al costado de cualquier camino?
¿Una mínima entraña de insecto
aún viva, latiente?
¿Una campana oxidada
que a nada ni nadie llama, convoca?
¿Una excesiva oferta, un exiguo significado,
una desleída memoria de pasadas lluvias?
¿Un espejo hecho trizas,
en él, todavía, un rostro, el tuyo,
aunque seccionado, poseído
por una fe, tan pura como feroz?



No se disipa, permanece...

No se disipa, permanece
en un nocturno mediodía,
en lo que, empecinado, golpea
contra siete muros y ninguna puerta.
No se dispersa, continúa,
adquiere forma y densidad de tormenta;
da coces, pero el aguijón resiste,
resiste piedra hecha de respiración,
de animal de rapiña.

Debo creer, dice...

Debo creer, dice, ante el sonido
del látigo, fijado el relámpago
en una lámina de corcho;
debo insistir, dice, bajo el peso,
a la intemperie, la llave que gira
y no logra abrir la puerta,
la risa del falsario, el silencio atronador
del puerto abandonado;
debo seguir, dice, aunque
el mal parezca incurable,
la tormenta, eterna;
debo por fin nacer, dice,
despertar a salvo, al fin
desnudo de toda desnudez,
mojado en la frente por agua de inocencia;
debo llegar a la luz sin necesidad de fuego,
debo, dice, llegar al fuego
sin necesidad de luz;
debo, dice, ser digno de cada rasguño
en la corteza, cada llovizna en la noche,
cada grito de parturienta, de ahogado.

Se nutre de un silencio...

A Dylan Thomas

Se nutre de un silencio espeso,
de una oscuridad ilimitada
sometida al peso de las grandes nubes;
de un salario pagado en desnudez,
de una homilía desde un púlpito lejano,
de una remota voz extranjera, inaudible.
Qué de él persiste sino un apetito
de pez herido por el mercurio,
de ave perdida en la tormenta, casi ciega.

En agua intranquila, a un paso...

En agua intranquila, a un paso
del desmayo: cae el cielo sobre la lozanía,
el edredón nupcial, la solícita marca
del nadador; llamo al fuego,
no responde por su nombre común
ni por su nombre secreto,
se retira la mano, el mundo se aplana,
dividido el mar y solo cada amante desdichado.

Donde las palabras no alcanzan...

Donde las palabras no alcanzan,
no dan de beber,
no conducen al mar verdadero,
no hacen visible a lo invisible,
no rescatan a la mariposa de la telaraña,
no salvan del desgarro, de la iniquidad,
no trazan el destino de toda flor, de las estrellas,
no alumbran los rincones más oscuros;
allí, ahora, estoy,
bajo una luz fría, inerte,
confundido con quienes arrojan
a las aguas las redes y las recogen vacías.

Mar sobre mar en donde habita...

Mar sobre mar en donde habita
la distancia. Un clamor
en lo oscuro como un súbito relámpago
sin tormenta a la vista.
Coro que va perdiendo
una a una sus voces
hasta que sólo queda el silencio.
Un papel en blanco
donde debería haber poesía.

Lentamente, capa tras capa...

Lentamente, capa tras capa,
se hizo la Idea. Y, sin tardanza,
la Idea se hizo cadáver.

Aquí, envuelto en rafia...

Aquí, envuelto en rafia, el cansancio.
Se pierde el esfuerzo en el mediodía.
Y sobrevuela la piedra del invierno
sobre aguas teñidas, olvidadas.
No buscarás en la desgracia el genio.
Ni la débil criatura en el lodo.
Ni el perfume destinado a perderse.
Qué materia la del ojo triste,
la del largo grito ante el incendio,
la del torpe jardín donde no vive nadie
o vive alguien desnudo de espalda, de espejo.

POEMAS RECUPERADOS (2003-2015)

¿Puedo decir yo sin perderme, ser fantasma...?

¿Puedo decir yo sin perderme, ser fantasma,
sin plantar un abismo de lengua oscura,
sin espantar al árbol de los frutos como rayos,
respirado todo el éter, sellado el artificio,
sangrada la música y roído por el sol el colmillo?
¿Puedo decir yo, ahora, mañana,
ante tormentas y senos, oxidados edictos,
la sombra que simula ser carne,
un dios siempre singular, tan virgen como hambriento?

No duerme; el mundo le es ajeno...

A Mercedes Acosta, en memoria:

Un día me preguntaste: *¿Cómo hacés para sobrellevar lo que te habita*? Yo no supe qué responderte. Hoy siento que eso que me habita —y que no sé cómo llamarlo— se abre paso a través de mí, gana espacios, me derrota.

Octubre 18, 2012.

No duerme; el mundo le es ajeno,
acechante. En la palma de una mano,
un laico estigma; en la palma
de la otra mano, una piedra pómez,
único residuo de un antiguo,
inexplicado desastre. En oscuridad,
cada pregunta vale menos
que un montón de ceniza;
si hubiese ahora carne
de otro cuerpo junto a la carne de su cuerpo,
si ese cuerpo fuera como una extensión
del suyo, ¿arrimaría calma
la labor del arduo obrero nocturno,
el que golpea con su pico
la dura piedra de lo más profundo?

¿En manos de quiénes? El cielo...

¿En manos de quiénes? El cielo
se agrisa al tocar la tierra;
el tallo se dobla bajo el peso del aire;
¿y el agua? ¿y el fuego?
Hacia lo oscuro y espeso.
Hacia el número fijo, clavado
al muro con clavo de bronce.
Hacia la madriguera del tigre
y su garra curva a la que nada logra limar.
¿Ante qué ojo, qué sombra?
Lo desnudan. Le revisan la entraña.
Interrogan a su hez, su orina.
En ningún momento le preguntan
cómo se llama, dónde vive.

Pude alcanzarla, al menos...

Pude alcanzarla, al menos
por un momento, para mirarla a los ojos;
no lo hice: me conformé apenas
con una desleída memoria,
impregnada de lejía,
de agua enturbiada y lenta hacia el albañal.
¿Y ahora? Siento que de lo que arde
se separa una parte de su arder,
la plomada se desvía
un grado antes de tocar el suelo.
Hay, en todo, una nota en discordia,
una fuerza en repliegue,
algo que en vez de ascender
acaba siempre, al final de la jornada,
junto a despojos, resacas...
La ocasión no se renueva,
otra es la hora como otro el mundo;
lo vasto se hace diminuto,
la limpia orilla se cubre de guijarros
y lastima el pie a cada paso.
¿Qué claridad ahora no es de fósforo frotado,
luz que, fugazmente,
en cualquier pedazo de botella se refleja?

Apenas esbozada, en un papel...

Apenas esbozada, en un papel
que el viento no demoró en llevarse,
en una tela expuesta a la lluvia;
en una música de flauta de afilador
que se alejó calle abajo,
en el vapor. Así de fugaz,
así el destino que le reservaron las olas,
las horas, las tardes:
un relámpago por el ojo de una aguja
entre oscuridad y oscuridad.
Cómo abrazar a lo que dura
apenas un momento,
se retira, se hunde,
cae sin demora
hasta un fondo sin fondo,
se emparenta con formas abisales
a las que una fuerza
arrastra y achata;
cómo darle un nombre
a lo que no sobrevive
bajo el sol, al aire,
y, entonces, no me pertenece,
se vuelve hija de otro padre,
inhumano y nocturno,
sin pecho, ni frente, ni espalda.

Estuvo, estoy; tal vez estemos...

'Tis Dying —I am doing— but
I'm not afraid to know —

E.D.
692, c. 1863.

Estuvo, estoy; tal vez estemos
en cuartos contiguos, incluso
haya una puerta entre uno y otro,
una puerta nocturna
que, tal vez, se abrirá
cuando tengamos, al unísono, el mismo sueño.
Pero, ¿le es necesario el sueño
ahora que la adorna una gracia alta
que mis ojos no pueden ni vislumbrar?
Ella en un continuo instante
que no necesita luz
para enhebrar el hilo en la aguja;
yo en una sucesión de instantes
que necesitan siempre luz
para calzar, no sin dificultad, el zapato.



Llora ante las ropas dispersas ...

Llora ante las ropas dispersas,
los libros diseminados, las paredes despintadas;
¿por qué?—se dice a sí misma
mientras, del otro lado del mundo,
cada ola aporta su cuota de resaca,
la deposita en la orilla.
Se desgasta la acotada órbita,
hora tras hora, y, antes de lo pensado,
caerá la última señal
sobre el pedregal, la arena;
¿por qué al revés el sueño,
la irrupción del tornado
en donde debiera soplar la brisa,
el súbito arder de la sílaba
salida por desolación
de la punta de la lengua?
Adelante, el declive, el desmoronamiento,
el latir veloz de un corazón de bovino
ante el abismo que se inaugura,
el alto precio por cualquier baratija,
la postrera charca bajo un sol etíope.
Ni asilo, ni ebriedad, ni resplandecer.

Le preguntó a la rama que roza el agua...

Le preguntó a la rama que roza el agua,
a la claridad primera, y también a la última,
al tosco grabado, a la pared despintada,
al zapato abandonado en un patio,
a la nube que semeja un corazón,
al ojo del caballo, a la escama del pez,
al vidrio, al grosor de un libro,
a lo profundo del pozo,
al barco de papel, a las venas del propio brazo,
al líquido que hierve, a la tarde que concluye,
al guijarro, a la esponja,
a cualquier sombra, a una acequia,
al original, al duplicado,
al tiempo, ese cuchillo,
al jaspe, el ámbar, al jardín de noctilucas...
Les preguntó por la verdad.
Al cabo de tanto preguntar,
obtuvo una única respuesta: el insomnio.

Hubo temor a la propia mano...

Hubo temor a la propia mano,
al propio rostro en el espejo;
de un largo hilo ovillado
nació de pronto un dios
cuyo primer mandato fue cerrar
el único camino hacia el océano.
En vez de vida, la muerte
en cada sílaba, en cada pasaje,
un suplicio. Y
el gallo señaló desde lo alto del poste
la cercanía de la noche;
se entornó la puerta,
la mujer negó siete veces su boca
y el beso, al ser sólo anhelo,
se convirtió en mordedura.
Quien detuvo al sol
subió el telón, no sin antes desgarrarlo:
principió para nosotros la danza, sí,
pero cada paso, muela que muele en el vacío,
cada figura, pasaje sin alcance ni significado.

Pero en qué lugar encontrar piedad...

Pero en qué lugar encontrar piedad
para el fruto caído de la rama
en el barro del camino,
para el reloj detenido a la una y cuarto,
para la última reserva de pan
antes de la lluvia de las cenizas;
tal vez no donde pensamos,
no donde nos enseñaron,
quizás en el viento que, indeciso,
agita tanto una hoja como una cortina,
un vestido, una hierba olvidada,
quizás en el único carbón
que no ardió anoche en el hogar.
O en un papel con una cuenta
escrita con tinta dejado sobre la mesa.
Ahora recuerdo que nada abriga,
en la lluvia, a la piedra
y que sólo en el sueño del alquimista
el dragón envuelve a la mujer desnuda;
el que viaja puede caer,
fulminado por el rayo,
el mismo capaz de quemar al árbol
e incendiar los trigales.
¿Y si esa supuesta piedad no existiese
y todo fuera desnudez e intemperie,
un animal solitario y descentrado
aullando en donde siempre anochece?

No sé si ríe todavía, o aún al menos respira...

No sé si ríe todavía, o aún al menos respira,
al cabo de calmas y tormentas, de años:
aquí, ahora, para fijar su nombre
si no en la piedra, en el agua quieta,
un gesto, una mano levantada detrás del ligustro
a la que responde, del otro lado,
un ave mínima y blanca, que aletea.
Sí, la vía se abisma,
el camino se torna, enseguida, abrupto;
pero debo andar, a pie descalzo,
hacia el sueño que la sueña
y allí, lo no vencido por el tiempo,
de ella, la tan querida, mezcla de miel y ceniza,
en plena madrugada me consuela.



Ouse

Mrs. Woolf is presumed to be dead. She went for a walk last Friday, leaving a letter behind, and it is thought she has been drowned. Her body, however, has not been recovered.

(Leonard Woolf, *New York Times*)

¿Qué hallará al final del descenso?
Allá, al fondo, criaturas chatas y voraces,
en sus bocas sin lengua, dientes sobre dientes.
El río es uno y cuatro, como en el Paraíso,
pero uno y sólo uno
es el que la lleva hacia el fondo,
indiferenciada de restos de hierbas,
fango, polen, un sombrero roto,
un trozo de madera.
Vestida de franela,
de pie o cabeza para abajo,
la muerden, le desgarran vestido y carne,
la sangran, la adelgazan.
¿Libre por fin de voces? Sí.
Pero, ¿por qué para ella
nada más ese recurso último,
ese modo de pago, tan costoso?

Se queda ciego, en pleno mediodía...

Otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.
Borges

Se queda ciego, en pleno mediodía:
el mundo es una mancha, clara, sí,
pero una mancha. Antes,
ayer, hace un siglo, nunca,
la suela de su zapato rozó el asfalto
en camino a alguna parte,
en los costados una hilera de luces,
cada una un paso más hacia el fin de lo conocido.
Hay un límite –y no hay apelación posible-;
a partir de allí, respirar o no respirar
se vuelve indiferente y se extravían
camino a las flores los enjambres.

Cuanto hubo perdió su lengua y garganta...

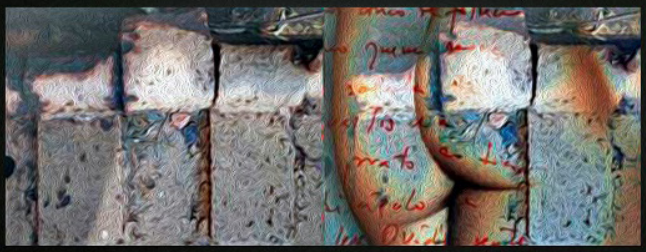
Cuanto hubo perdió lengua y garganta
y es polvo que flota, musgo
que pierde adherencia en los muros;
cuanto hay tiembla como una llama,
no se atreve a infiltrarse en el ámbar
que envuelve como a un insecto
la necesaria porción de belleza;
te amo —dice— el mundo
exhibe cuerno y colmillo,
atiende cada pregunta
desde un despacho estrecho y oscuro;
el paño frío no mitiga la fiebre
porque la fiebre huyó de la frente
y se concentra donde no puede ser alcanzada;
el cometa cae sobre una terraza:
se oxida el vino en su cripta,
quien lo bebe dice:
por favor, tu mirada lunar en el día,
tu mirada solar en la noche.

Anida sobre una rama breve...

Anida sobre una rama breve,
contiene la fugacidad del resplandor en el agua
y, sin embargo, una voz me dice
que la habita de algún modo lo eterno
o algo próximo a lo eterno. Me acerco,
y me besa, y al ser besado
comprendo porque se tensa el músculo del león
en carrera tras el ciervo.
Me retiro. Dejo atrás un país tan leve
como denso, muslo recto que se curva
e invoca, entre ciencias, al milagro.

Amanece: hay agua en el vaso...

La misma viga soporta, como siempre, el peso del techo.
Sobre el techo, el cielo: bandadas y, más abajo, enjambres.
Bebe, de a pequeños sorbos, y decide que es hora.
Es hora – se viste y calza y abre la puerta y sale.
Por la hierba mojada, sin rumbo fijo.
A su paso, el sol le transmite parte de su fuego a la piedra.
Medio ocultos, la luna y el escarabajo contraen nupcias.
Aquí el poema se escribe solo.
Aparece, de a poco, de a poco adquiere consistencia y medida.
No hay necesidad de mano, de papel en blanco, de larga vigilia.
Se escribe, sin palabras, mientras el paseante se mira en un charco
y divaga entre troncos y tallos, y ya es mediodía.



SOBRE EL AUTOR *(Credo)*



I

A aquel día, y aquella hora, del primer poema y, desde entonces, mi insignia: construir el poema como si se tratara de una casa, sin dejar de cuestionar sus cimientos. Asumir el riesgo del derrumbe.

II

El asunto es no creer demasiado en la literatura. Lo de demasiado es, precisamente, demasiado. Me corrijo: el asunto es no creer en la literatura. Quiero decir en ese limo o barro que luego del oleaje se deposita en el fondo. En esa supuesta altitud que no es sino un modo, tal vez el peor, de bajeza, de cobardía. El asunto es no creer, descreer en las palmadas en la espalda o en el hombro que uno mismo le da a uno mismo al dejar al pie la firma. Descreer de la moneda que aparece como por encanto en nuestra mano derecha. El asunto no es evitar la suciedad en la ropa; el asunto es salir lleno de hollín, de pies a cabeza. Preferir lo no terminado, lo indefinido, lo solo esbozado, el manotazo nervioso a lo de una vez concluido, definido, cerrado, la caricia de un supuesto ángel venido desde el cielo enterado de un nuevo espacio de tranquilidad, de calma.

C.B.

Muñiz, Buenos Aires, septiembre 29, 2006.

ÍNDICE

¿De qué está hecha...?
Una única luz...
¿Hay remedio para esta dolencia...?
La mano que sostenía...
Recibe exiguo salario...
Digo pronto pero sé...
No estar a la hora precisa...
Qué nos dice adiós...
Sangra de una herida antigua...
¿Qué sobrevivirá al paso de las horas...?
No se disipa, permanece...
Debo creer, dice...
Se nutre de un silencio...
En agua intranquila, a un paso...
Donde las palabras no alcanzan...
Mar sobre mar en donde habita...
Lentamente, capa tras capa...
Aquí, envuelto en rafia...

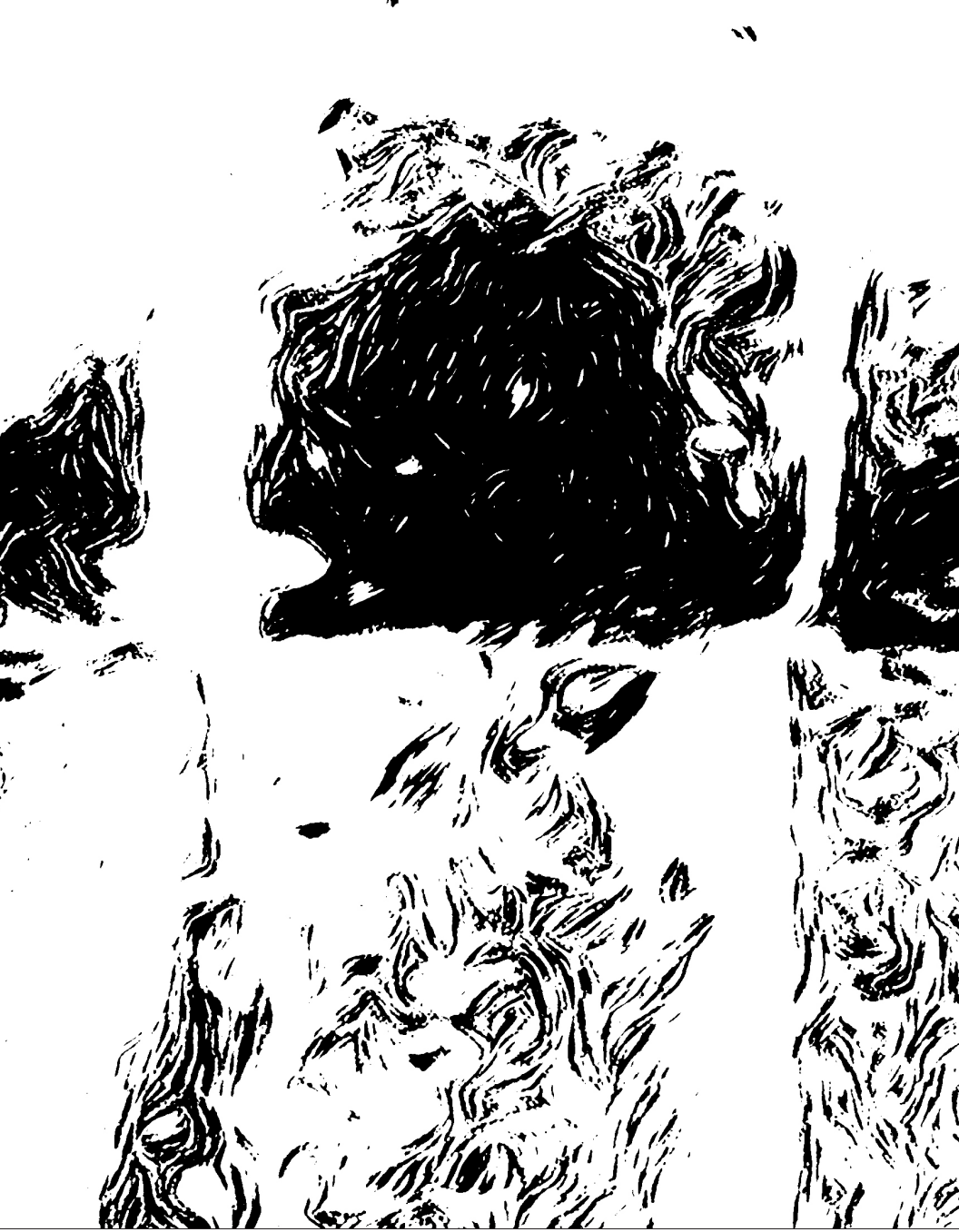
Poemas recuperados (2003-2015)

¿Puedo decir yo sin perderme, ser fantasma...?
No duerme; el mundo le es ajeno...
¿En manos de quiénes? El cielo...
Pude alcanzarla, al menos...
Apenas esbozada, en un papel...
Estuvo, estoy; tal vez estemos...
Llora ante las ropas dispersas ...
Le preguntó a la rama que roza el agua...
Hubo temor a la propia mano...
Pero en qué lugar encontrar piedad...
No sé si ríe todavía, o aún al menos respira...
Ouse
Se queda ciego, en pleno mediodía...
Cuanto hubo perdió su lengua y garganta...
Anida sobre una rama breve...
Amanece: hay agua en el vaso...



Sala de espera, de Carlos Barbarito, se terminó
de ensamblar en noviembre de 2026. En su composición se utilizaron los tipos:
Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24, 30.





SALA DE ESPERA



Colección Libros
Imposibles